

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXV



C. S. I. C.
1995

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXV



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1995**

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Una nueva obra de José de Churriguera: El monumento de Se- mana Santa del Monasterio de la Encarnación, por Ángel Aterido Fernández	19
Isidoro Arredondo, pintor madrileño del siglo xvii, por José Luis Barrio Moya	33
Los alarifes en Madrid en la época de Felipe II, por María Te- resa Cruz Yabar.....	57
Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Aus- tria, por María José García Sierra.	101
La colección de platos metálicos alemanes, de función decora- tiva, del Museo Arqueológico de Madrid, por Fernando Olaguer-Feliú y Alonso.	119
El Cementerio de la Sacramental de San Martín, por Carlos Sa- guar Quer.	135
El informe del gobernador Juan Antonio Samaniego. Crítica al proyecto del palacio de Aranjuez en el siglo xviii, por Vir- ginia Tovar Martín.	145
La arquitectura para exposiciones en el recinto de las Ferias del Campo de Madrid (1950-1975) y los antiguos pabellones de I.F.E.M.A., por Ángel Urrutia Núñez.	177

	<u>Págs.</u>
Las colecciones de pinturas, en Madrid, del noveno Duque de Alba Don Antonio Martín Álvarez de Toledo, por Matilde Verdú Ruíz.	197
El programa iconográfico del desaparecido Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, por María Inmaculada Zaragoza Arribas.....	227
Documentos	
Noticias madrileñas que ahora cumplen centenario, por J. del C.	243
Geografía	
Ante una nueva edición de las relaciones topográficas madrileñas de Felipe II, por José María Sanz García.	253
Geología	
Reseña de los materiales pétreos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores, por Sandra Martín Moreno.	281
Historia	
La capilla funeraria de Don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, en Santo Domingo el Real de Madrid, por Gregorio de Andrés Martínez.....	293
El Conde de Montalvo, corregidor de Madrid, por José del Corral.....	305
Festejos celebrados en la capital del reino con ocasión de la Jura de la Princesa María Luisa de Borbón en 1833, por Miguel Ángel López Rinconada y Manuel Muñoz Carabantes.	323
Un Cementerio Parroquial de pobres en el Madrid del siglo xvii, por Antonio Matilla Tascón.	353

	<u>Págs.</u>
El acceso al oficio notarial en el siglo xv: La toma de posesión de Juan González de Madrid, por María del Pilar Rábade Obradó.	361
Del antiguo al nuevo convento de Santo Domingo el Real, por Alberto Rull Sabater.	389
Intervencionismo público y municipalización: Pan y subsistencias en Madrid (1898-1923), por Francisco Sánchez Pérez.	403
Sobre el motín Esquilache, por José Valverde Madrid.	423

Literatura

El archivo de los teatros de la Cruz y del Príncipe en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, por Ascensión Aguerri y Purificación Castro.	433
Las <i>guías de forasteros</i> de Madrid en el siglo xviii, por Francisco Aguilar Piñal.	451
La Insula Barataria entre Arganda y Madrid, por José Barros Campos.	475
Madrid en el Portrait de L'Espagne de M. Legendre, por Luis López Jimenez.	491
Clero y lectura. Las bibliotecas de los presbíteros madrileños del siglo xix, por Jesús A. Martínez Martín.	503
Valle-Inclán: Vida y Literatura, por José Montero Padilla.	521

Provincia

El Monasterio de el Páular. Propiedades de la Granja de Getafe siglos xv-xix, por Pilar Corella Suárez.	535
Apunte Geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio.	563
Pedro de Ribera remodela el puente del Retamar y construye el camino del Escorial por Colmenarejo, por Arturo Mohino Cruz y Anastasio Miguel Cuesta.	589

Págs.

Urbanismo

Colonia del «cuartel de la Montaña». Una planificación urbanística satisfaciendo intereses sociológicos y medio ambientales, por Luis Miguel Aparisi Laporta	595
Semblanzas de madrileñistas ilustres.	631

EL CONDE DE MONTALVO CORREGIDOR DE MADRID

Por JOSÉ DEL CORRAL

El día 17 de febrero de 1622 se designaba a don Juan de Castro y Castilla Corregidor de la Villa. No es fácil que los madrileños de entonces adivinaran, al conocer el nombramiento, la importancia que tendría en la época el nuevo Corregidor y lo popular que había de ser en la Villa.

Casi un muchacho, el nuevo Corregidor quizá no fuera recibido con grandes amabilidades ni se depositaran en él grandes esperanzas por los que entonces eran figuras o figurillas —que de todo ha habido en todas las épocas— en la gobernación de la Villa que era a la vez Corte, aún cuando no muy a su satisfacción, pero sólo cuatro meses después había de dar el nuevo Corregidor la primera medida de su arrojo.

Fue en la Plaza Mayor, en la planta baja de la Casa de Panadería, que por ser el lugar de la venta de este artículo de primerísima necesidad en la época, dio nombre al edificio. Estaba entonces esta planta fácilmente accesible, comunicada con la Plaza por las arcadas de sus varios huecos entonces totalmente practicables y sólo cerrados por verjas fuera de las horas de comercio.

Por esta causa pudo don Juan de Castro entrar a caballo en la Casa de Panadería donde se encontraba a la sazón el Alcalde de Casa y Corte don Pedro de Marcilla que inspeccionaba, pie a tierra, el local y el comercio. Sabido es el sordo pero permanente pulso que se jugaba diariamente entre la Casa de la Villa y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, en una lucha constante por el poder en la Villa, que se discutían ambos organismos parcela a parcela y de una forma continua. Y es preciso reconocer que quienes buscaban en todo momento ocasión de ampliar su poderío era la Sala de Alcaldes, que desde su instalación en Madrid había ido arrancando continuamente al Ayuntamiento áreas de poder.

Planteado así el incidente estaba anunciado antes de suceder. El choque de autoridades y el protocolo escondió el encuentro entre Corregidor y Alcalde, que debió ser duro y en el que se cruzaron palabras fuertes, quizá mayores las del joven Corregidor. Conociendo un poco la época y las luchas intestinas que recorrían su sociedad resulta mucho más enojosa la confusión entre Ayuntamiento y Alcaldes de Casa y Corte que venimos viendo repetirse en distintas publicaciones alguna con cierta presunción de autoridad. El autor no debe todavía haberse enterado que entre el Ayuntamiento y la Sala de Alcaldes la relación era muy otra a la que el supone.

El resultado del encuentro fue que el Corregidor quedó preso y no fue puesto el

libertad hasta dos días después y eso después de haber pagado 100 ducados de multa por desacato a la autoridad del Alcalde. No sería esta ni mucho menos la única multa que se viera obligado a pagar nuestro Corregidor.

El día 1 de junio de 1623 se corrieron en la Plaza Mayor toros que resultaron excelentes y en cuya fiesta se lució el garbo y la habilidad del conde de Cantillana. Pero al fin para los madrileños asistentes, más aún que la aplaudida habilidad del conde que tuvo una excelente tarde, lo que quedó en el comentario y en el recuerdo fue una novedad introducida por el Corregidor. Nuestro don Juan ideó el sacar de la plaza los cadáveres de los toros, no en un carro, con una penosa faena de carga poco vistosa como se venía haciendo hasta la fecha, sino arrastrados briosamente por un tiro de tres mulas de poderío que lo hacían con mayor gracia y brillantez. Y tanto era así que hasta la fecha siguen siendo arrastrados los toros lidiados y ya muertos tal y como determinó un lejano día del verano de 1623 don Juan de Castro y Castilla que a la sazón regía los destinos de la Villa y Corte.

Hasta el día 8 de mayo de 1625 continuaría en el Corregimiento don Juan. Por esos años eran condenados los hermanos Calderón de la Barca por la muerte de un Velasco; canonizaba el Papa Gregorio XV a San Isidro; se abrían en las salas de los Consejos ventanitas de escucha para el Rey y se colocaba la primera piedra de la Iglesia del Colegio Imperial (5 de abril de 1622), que después sería Catedral provisional de Madrid. El 9 de mayo los jesuitas mostraron su júbilo a los madrileños por la canonización de San Ignacio y de San Francisco Javier con una procesión de 160 estandartes y en el Real Sitio de Aranjuez se representó «La gloria de Niquea». La rogativa de la Virgen de Atocha consiguió el beneficio de lluvias, que eso de la sequía no es invento de hogaño. Se estaba haciendo el retablo de la Iglesia de la Merced por Tomás de Sicilia y Sebastián de Mena y se remató la casa que había sido que don Rodrigo de Calderón en nada menos que 50.000 ducados.

Tampoco era extraño el lance entre Corregidor y Alcalde, sino algo conocido en la época que también por preeminencias hubo duro lance entre el conde de Benavente y el marqués de Almazán pocos días después del narrado. Bajo el mandato del Corregidor Castro fueron las fiestas de las canonizaciones de S. Isidro, S. Ignacio, d. Francisco Javier, Santa Teresa y S. Felipe Neri, con todo su conocido esplendor y realización de célebres Justas poéticas.

Fue en otro certamen literario de aquellos días cuando Calderón de la Barca ganó el primer premio —un pomo de plata labrada— por su romance de la «Penitencia de San Ignacio» en el Colegio Imperial y también el segundo premio de tal ocasión —cuatro cucharas y tenedores de planta— por unas quintillas a San Francisco. A doce ducados se pusieron por entonces los balcones de la Plaza para asistencia a las corridas de toros y al hijo del conde de Benavente le mataron una noche de una estocada en la Costanilla de San Andrés, dijeron que por amores.

No hay que recordar que tocó a Castro la dura jornada del 21 de agosto, cuando asesinaron al conde de Villamediana en la rua de coches de la calle Mayor. Para Santa

Ana se estrenaron imágenes en la procesión, que habían sido talladas por Francisco Esteban, Alonso Carbonell y Juan de Porres y se colocó la fuente nueva en la calle de Santa Isabel (25 de agosto de 1622) en la plazuela frente al convento, que se había de retirar en 1883.

Por pegar a una criada arrestaron a la marquesa de Cañete y el mismo día 5 de septiembre, hizo lucida entrada el conde de Monterrey que regresaba de su embajada en Roma. El Ayuntamiento tomó el acuerdo de que el regidor más joven había de sustituir al Secretario en sus ausencias y enfermedades y en los trinitarios, a iniciativa del padre Simón de Rojas, se celebró la primera fiesta al Santísimo Nombre de María.

El 18 de septiembre vio la gente asombrada como salía el duque de Alba para Nápoles con un séquito de 80 acemilas, que ya suponen abundante equipaje y pocos días después el Rey bajo a Atocha para agradecer la victoria lograda en Flandes. Noticia curiosa, la de una moda nueva para los caballeros, iniciada el 26 de septiembre, en que la Corte salió en público por vez primera con calzones y ropillas cortas, las que se habían de usar durante el resto del siglo. Murió (el día 1 de octubre) uno de esos personajes célebres que en distintas épocas han corrido las calles de la Villa, era este don Diego de Vargas, llamado «el bigotes» con razón, pues los llevaba tan largos que los traía enroscados a las orejas. Era caballero de Calatrava.

El 5 de octubre comenzó en Palacio la costumbre de hacer representaciones teatrales los domingos, jueves y todos los días festivos. La justicia prendió a un extranjero que andaba por ahí llevando hábito de Calatrava que él solo se había impuesto y en la anochecida del 26 de octubre dieron de cuchilladas a don Pedro Samano.

Fue el 26 de octubre cuando el Rey otorgó el hábito de Santiago al Consejero don Diego del Corral, viniendo así a demostrar que también se premia a la justicia, que él fuera el único miembro del tribunal que no encontrara culpa en don Rodrigo de Calderón y así lo dejó expresado con su firma. Se comenzaron las obras del nuevo cuarto de enfermería del Hospital de la Concepción y se dio a los Letrados de Villa «ventana para ver los toros».

La Virgen de Copacabana se puso en la iglesia de los Agustinos Recoletos el 21 de noviembre, imagen traída de Indias por fray Miguel de Aguirre, y que tan querida había de ser para los madrileños. Se condenó al duque de Uceda a 20.000 ducados y ocho años de destierro y murió de accidente en la Plaza don Juan de Mendoza, cuando corriendo toros se cayó del caballo; era sobrino del duque del Infantado.

Fue el 5 de diciembre cuando la justicia quemó por el pecado nefando a cinco muchachos, dos de los cuales eran criados del difunto conde de Villamediana, otro Mendocilla, que era bufón, un esclavillo mulato y don Gaspar de Tenazas, paje del duque de Alba. Trágica fue la corrida del 19 de diciembre, que parece mala fecha para correr toros, y en la que quedó muerto uno de los corridos apenas acababa salir del toril de un solo rejón que le puso don Pedro de Barros. En los últimos días de diciembre recibió Gil González Dávila, jesuita y cronista del Rey, carta de pago por cierta cantidad que le fuera otorgada para ayuda de la impresión de la «Historia de la Villa de Ma-

drid», lo que puede tomarse por indicio del valor de propaganda política que el trabajo tiene.

El mismo día de Nochebuena ordena el Rey que se haga una plaza que sirva de picadero en el parque de Priora y el penúltimo día del año 1622 entró doña Catalina de Austria en el convento de las Descalzas Reales.

El nuevo año de 1623 trajo una nueva sisa, la del Millón, gravando en un real cada carnero muerto en el matadero del Rastro y don Jerónimo de Villanueva y doña Teresa Valle de la Cierva hacen escritura de fundación del convento de San Plácido. Se dio a don Diego del Corral la Alcaldía de Baeza, que heredaría su hijo mayor, don Juan, que habría de ser cabeza de los Azlor de Aragón, y se devuelve el título de condesa de la Oliva a la viuda de don Rodrigo Calderón.

Extraña fue la danza de gigantes del martes de Carnaval (29 de enero) que la hicieron caballeros sobre hombres, sin máscaras ni figuras. La guiaba el duque de Pastrana y formaron con él el Almirante de Castilla, el duque de Maqueda, el duque de Cea y el hijo de marqués de Espinola, seguidos de la guardia tudesca y de otros nobles, hubo también comedia bufa y danzas.

En los comienzos de febrero se dio orden de cerrar todas las mancebías bajo multa de 50.000 maravedíes y cesantía a las autoridades que las consintieran, pero con todo no se hizo mucho caso y a que no se tardó mucho en insistir en su pregón de nuevo. Más efectiva fue la rebaja de nada menos que de un tercio de todos los empleos públicos y la pragmática (11 de febrero) que puso de moda obligatoria las lechuguillas o valonas, que se hubo de cumplirse el uno de marzo de 1623 y a la que siguió la orden de la Junta de Reformación de costumbres prohibiendo todo lujo en el vestir, los adornos de oro o de plata y las sedas y multitud de cosas más que llegaban a limitar la dote de las novias.

Curioso resulta el acuerdo municipal de 22 de febrero que nombra letrado de la Villa al Licenciado Juan Antonio Herrera, en la vacante del doctor Mogroviejo, pero no por el nombramiento, sino por causa que anota no sabremos nunca si con plena ingenuidad o con total malicia, ya que el nombramiento se hace porque «fue recomendado a Madrid por la Infanta Margarita» a la cual se envía una comunicación con la atenta noticia de que queda con gusto servida.

Pero pese a todo ese programa de austeridad, el 26 de febrero el rey salió en una máscara en la plaza Mayor, palacio, Descalzas y Puerta de Guadalajara acompañado del Infante don Carlos y vistiendo de lama de plata bordada de acero pavonado, «que es técnica muy cara».

El día del Angel de la Guardia, que fue también miércoles de ceniza, una turba de alguaciles invadió la calle Mayor a la hora del paseo, tomando medidas para aplicar la pragmática, cortando cintas y encajes y otros adornos y hasta el ala de los sombreros que excediese la medida establecida, arrancando además todas las joyas y pasamanería y remates de oro en ropa y cuellos. Muchas damas fueron prendidas por sus valonas con rayas o los cuellos mayores de lo ordenado. Quitaron hasta las virillas de

plata de los chapines y en las tiendas secuestraron todo lo prohibido que aún tenían a la venta.

Nada decimos, por harto conocidas y repetidas las grandes fiestas por el Príncipe de Gales, que llegó por entonces a Madrid (marzo, 1623), pero sí del traslado que se hizo el 10 de mayo a las Arrepentidas, que estaban en el Hospital de Peregrinos, de la calle de este nombre (hoy Tetuán en lo que de ella queda) a la casa de la calle de Hortaleza, convento con iglesia frente a San Antón, hoy destruido en todo su interior para utilizarlo como sede sindical. Pero entonces puso carteles don Juan de Roquero para enseñar a jugar picas, barra y hacha de armas e hizo demostración de su ciencia en la plaza de Palacio a la que fue mucha gente.

Se acordó el derribo de la torre de la iglesia de Santa Cruz, a causa del incendio que sufrió en 1620, del que había quedado muy resentida y ahorcaron a dos por robar unas lámparas de plata en la Ermita de la Virgen de Valverde.

Se supo, en los últimos días de junio, que don Juan de Bracamonte había puesto un garrote en una casa del barrio de Lavapiés para matar en él al licenciado Salinas y había prevenido útiles para su entierro y escritorio en el que hacerle escribir una nota anunciando viaje repentino. Le prendieron.

El 13 de agosto se bendijo la nueva iglesia de la Hermandad del Refugio, en la calle del Carmen, desaparecida, por el gobernador del Obispado, se dedicó a la Purísima. El 22 de septiembre se inauguró en la plaza del Salvador una fuente, que se llamó de los leones, y en este día corrió por sus tres caños vino tinto.

El 30 de octubre los franciscanos cedieron a la Venerable Orden Tercera lo que había sido celda prioral, para hacer en su sitio la Capilla del Cristo y al día siguiente llegó a Madrid la comunidad de monjas comendadoras de Calatravas, que venían de Zorita de los Canes, y se instalaron en el convento de Santa Isabel, mientras que se les hacía el suyo en la calle de Alcalá y ocuparon, en edificación provisional, el 5 de noviembre, una primera instalación junto al Hospital de Antón Martín.

Se puso el 15 de noviembre la primera piedra de la que había de ser Basílica de Madrid, cerca de donde hoy la Catedral, pero sin que se hiciera continuación, pese al interés que había mostrado en ella el conde duque de Olivares en sus cartas al Ayuntamiento. De pocos días des pues, el 21, es la colocación de la primera piedra del convento de San Plácido con mejor fortuna.

En los primeros días del año 1624 hubo Auto Público de Fe, del que se conserva relación impresa en Sevilla y se remató la obra del puente sobre el arroyo Abroñigal, según traza de Gómez de Mora. También se mandó quitar el Repeso del pescado de la Plaza Mayor y aún se hizo otro Auto en el que salió Benito Ferrer, falso sacerdote.

Murió Vicente Espinel el 4 de febrero, siendo enterrado en la Capilla del Obispo de donde era maestro organista de la Capilla con 42.000 maravedís al año y quebraron los Fiesco, que eran Tesoreros de Cruzada, casi a la vez que saliera Felipe IV para su jornada en Andalucía.

Soldados de la Guardia Española quitaron una carga de pan y los Alcaldes de Casa

y Corte prendieron a los autores, pero los soldados formaron con mosquetes a la puerta de la Cárcel de Corte, dispuestos a liberar a sus compañeros en cuanto salieron. Hubo que dárselo, aunque fue después procesado. Juan de Porras se compromete a tallar la imagen de la Virgen de la Expectación para la Congregación del Ave María. Esta imagen, siguiendo la aparición que fray Simón de Rojas había tenido, tenía al Niño en su vientre, visible por un cristal y ventana circular. Fue prohibida con otras varias imágenes en 1800.

Murió la futura Beata Mariana de Jesús en su casilla junto al convento trinitario de Santa Bárbara. El 27 de abril se dio permiso a la condesa del Carpio, que vivía en las casas de Puñonrostro, para hacer un pasadizo sobre la calle «que baja desde el monasterio de la condesa Condesa de Castellar», esto es la actual calle de Puñonrostro. Este pasadizo uniría la casa con la iglesia de Santos Justo y Pastor, teniendo que ser lo suficientemente alto para no embarazar la procesión de San Marcos, que pasaba por esa calle, y también con la obligación de derribarlo si el Ayuntamiento se lo pedía.

Se acabaron las obras del convento de San Plácido el día 12 de marzo de 1624 y entraron las monjas a residir en el día 22 de mayo. La obra se había realizado sobre trazas de fray Lorenzo de San Nicolás, agustino descalzo.

Comienza en mayo la obra de las monjas de Constantinopla, que se hacía sobre trazas de Juan Gómez de Mora y se acabó en 1653 y en junio se impuso la sisa del medio dozavo sobre vara de todo lo que se mida. Hubo dificultades para su cobro.

El 21 de junio se llevó a la iglesia de San Sebastián, donde continua, el cuadro de la Virgen de la Novena. Auto de la Inquisición en julio, en el que salió Reinaldo de Peralta, que había pisoteado una Sagrada Forma en la Iglesia de San Felipe, arrancándola de manos del sacerdote.

El Ayuntamiento paga en agosto 50 ducados a la iglesia de San Miguel para ayuda de la renovación de la campana, que se rompió repicando por el buen alumbramiento de la Reina, función que había sido ordenada por el Municipio.

El día 16 de agosto de 1624 se hizo la bendición de la nueva iglesia del recién estrenado convento de San Plácido y pocos días después el Rey tomaba bajo su protección al Hospital de San Antonio de los Portugueses cuyo proyecto de obra presentaba Gómez de Mora el día 23 de agosto.

Murió el padre Simón de Rojas, trinitario y confesor de la Reina, el 26 de septiembre, con fama de santo, fue beatificado por Clemente XIII en 1765 y canonizado por Juan Pablo II.

El 7 de octubre de 1624 hizo su solemne entrada en la Villa el Duque de Neoburgo, de Juliers y de Cleve, haciendo su estancia en los Jerónimos y el mismo día se hizo procesión por la beatificación de San Francisco de Borja desde las Descalzas Reales a la Casa Profesa, junto al palacio del Duque de Lerma; se atajaron las bocacalles para que no pudiesen pasar coches y salieron gigantones.

En los comienzos de octubre estaba acabado el retablo mayor de la desaparecida Iglesia de la Merced Calzada, realizado por Alonso de Carbonell y Eugenio Caxes, en

12.000 ducados que se pagan en este día. Este retablo fue trasladado a comienzos del siglo XVIII a otro convento de la misma orden.

Llegó el 25 de noviembre el archiduque don Carlos, al que esperaba en Guadalajara el Almirante de Castilla, que gastó 60.000 ducados sólo en la comida que dio este día. Fuera de la Puerta de Alcalá le esperaban los infantes Carlos y Fernando y después el Rey con el duque de Neoburgo y el conde duque de Olivares. Murió en Madrid el Archiduque el 23 de diciembre siguiente, por exceso en la comida y se le enterró en El Escorial.

Al día siguiente la reina Isabel de Borbón regaló a la Casa Profesa de la Compañía de Jesús una urna de plata para las reliquias del Beato Francisco de Borja.

El primer día de diciembre los hermanos Sander, caballeros de Santiago, esperaron a uno en Antón Martín y cuando llegó le acuchilaron. También salió muerto uno de los hermanos, de una de las cuchilladas que dio su propio hermano.

Se tasa el 10 de diciembre la Fuente de Recoletos, frente al convento, lo que supone que estaba enteramente acabada. Era muy sencilla. En los comienzos del año el conde de Olivares fue creado duque de San Lúcar la Mayor, con lo que comienza a usar el título de Conde-duque con el que habitualmente se le conoce.

Es de 9 de enero de 1625 la orden de Felipe IV de hacer una cerca o tapia que ni siquiera había de rodear Madrid, sino simplemente atajar las salidas de las calles al campo dejando sólo unas puertas determinadas de acceso a la Villa, donde se había de hacer el registro para el pago de masas y la vigilancia de personas.

Por estas fechas se bautiza en la Iglesia de Santiago la que había de ser la santa madrileña Mariana de Jesús. Este año nuevo el día del Ángel (1 de marzo) y fue imposible asistir a la romería, pues había una vara de nieve en las calles. Siguió nevando durante todo el mes y llegó a faltar el pan por el estado de los caminos.

El Ayuntamiento contrató un mapa de la Villa y Plaza Mayor para estamparlo, lo que seguramente no llegó a realizarse. El 10 de mayo se acabó la colocación de la Fuente de la plaza de Lavapiés, la misma que siguió prestando servicios en aquel lugar hasta 1849.

Con esto acaba el primer mandato de don Juan de Castro y Castilla como Corregidor de Madrid, del que hemos reunido unos cuantos sucesos a fin de ilustrar sus días al frente del municipio. Pero no acaba aquí nuestra historia ya que don Juan volvió a ocupar el corregimiento, como ahora vamos a recordar.

El segundo corregimiento de don Juan de Castro y Castilla

Que en el Ayuntamiento y aun fuera de él había dejado el Corregidor Castro y Castilla buenos recuerdos por su hacer y manejar el siempre difícil mando del municipio resulta indudable cuando ya en 1636, siendo ya el antiguo Corregidor conde de Montalvo y perteneciendo a los Consejos de Guerra y de Hacienda, los regidores reunidos en sesión acuerdan solicitar su nombramiento de nuevo como Corregidor de la Villa nombramiento que se produce el día 12 de julio y que se prolongaría hasta los

finales del año 1637, en la vacante del Conde de Revilla, fallecido por el regaño del Conde-Duque a causa de lo mal que salieron los toros en una fiesta del Retiro.

Cierto que este segundo mandato del Conde-Corregidor fue más alterado que el primero y dio comienzo designando como Tenientes de Corregidor a los Licenciados Pedro de la Barrera y al vizcaino Vergara, ambos personalidades de relieve en la época, y en verdad que fue oportuna la designación pues, en el mismo mes de julio, el Corregidor habría de pasar unos días enfermo con «dolor de ijada» en las que sus funciones habían de ser sustituidas por sus Tenientes.

La primera dificultad vendría en septiembre del mismo año de 1636, cuando el Corregidor puso a disposición de una prima suya un escribiente de la municipalidad para que le sirviera de secretario. Corrió la noticia y enterado el Consejo —quizá por intervención de los mismos Regidores que habían solicitado su nombramiento— este le apercibió con multa de 200 ducados, por esta extralimitación en sus funciones.

Si esta primera dificultad rozaba lo oficial por intervenir los servicios municipales, la segunda, en los finales del mismo mes de septiembre, tuvo carácter estrictamente personal, cuando el Corregidor conde de Montalvo trató públicamente de Señoría a doña Isabel del Castillo, su deuda. La Junta de Títulos del Reino tomó muy a mal este exceso en el protocolo, que por entonces tenía importancia social extraordinaria y le impuso otra multa de 200 ducados. Según la reciente pragmática.

Todavía al mes siguiente (11 de octubre) el Corregidor hizo azotar a dos soldados que le faltaron al respeto, dando ocasión que, por aquel del fuero militar invadido por ajena autoridad, el conde de Castrofuerte, general de los soldados castigados llevara a mal el castigo, chocando también con nuestro Corregidor que vamos viendo, tanto en uno como en otro mandato, no era persona de fácil carácter.

En enero del año siguiente le vemos, presidiendo el Ayuntamiento, acudir a dar a los Reyes la enhorabuena por la designación de Rey de Romanos que se había hecho del Rey de Hungría, ofreciendo al monarca una máscara del Ayuntamiento y a la noche gran fiesta con ricos vestidos. Todo se repitió al siguiente (21 de enero) en que hubo también montería en que se mataron jabalíes y lobos.

Más interesante resulta lo que sucediera en abril, mes en el que sabemos que, el día 21 llevaron al Corregidor a Pinto, preso y condenado al pago de una multa de 1.000 ducados y no entrar en Madrid, sin que sepamos las causas que ocasionaron este duro castigo y que nos parecen por sus características de carácter político. No debía ser muy grave el delito, cuando en los finales del mismo mes, le vemos de nuevo reintegrado ya al corregimiento asistiendo por tanto en la Villa y seguramente perdonado el castigo inicial.

En los últimos días del dicho año de 1637 el Corregidor Castro y Castilla cesa en el Ayuntamiento siendo sustituido por don Juan Ramírez Fraile de Arellano que prolongaría su mandato hasta 1644.

Más alejado desde entonces de nuestros intereses madrileños, sabemos de su apresamiento, de nuevo, esta vez en Montánchez, en marzo de 1638, que tampoco debió

revestir especial gravedad, toda vez que en los finales de 1640 se le nombraba Comendador Mayor de la Orden de Santiago.

Quédanos pues, para mejor ambientar el mandato segundo de nuestro conde de Montalvo, recordar algunos sucesos madrileños de la segunda época en que el ocupó la dirección de los destinos de la Villa.

Comenzaremos por señalar como el 13 de julio de 1636, al día siguiente de su nombramiento como Corregidor, fue preso un individuo en las gradas de la iglesia de San Felipe el Real, en la calle Mayor, que predicaba doctrinas calvinistas, el mismo día, domingo por más señas, en que cayó sobre Madrid gran tempestad de truenos a más de tres rayos, el uno en el portal de la Casa de los Consejos, el otro en la Moreña y el tercero en el colegio de Santo Tomás, precisamente en la celda de un novicio que no resultó dañado por cierto.

También en San Felipe el Real y precisamente el día siguiente de la tormenta, otro hombre aseguró a gritos que la Virgen había sido concebida en pecado original y le contradijeron y como siguió defendiéndolo le dieron de cuchilladas y lo prendió la Inquisición.

Estrenó Calderón de la Barca el día 18 de julio «A secreto agravio, secreta venganza» y cuatro días después los criados del duque de Alburquerque tuvieron entre ellos fuerte discusión y como resultado salieron a la calle a reñir, quedando herido uno al que se le rompió la espada.

También fue el 22 de julio cuando, con la solemnidad litúrgica habitual se realizó la bendición del nuevo templo del convento de Mercedarios Descalzos y dos días después se hizo el pago de una lámpara de plata para la Ermita de San Pedro del Retiro, lo que muestra que estaban acabadas las obras de la Ermita del que era entonces nuevo Palacio Real.

Asistió el Rey del día 25 a la Capilla de la Orden de Santiago y al día siguiente recorrió las calles de Madrid la procesión de Santa Ana, en la que sucedió un incidente muy del momento: el nuevo Vicario quería asistir llevando cola sostenida por acolitos, pero no se lo consintió el Cabildo, por no ser costumbre que se hiciera en Madrid.

Los toros de Santa Ana se corrieron el día 28, iniciando la fiesta con el encierro mañanero y haciendo a la tarde corrida de veinte toros en la que entraron numerosos caballeros. Fueron heridos varios, tanto de pie como a caballo y los toros resultaron bravos, especialmente seis de ellos que habían venido de Zamora. Hubo una muerte y una pendencia y por la noche se representó en el Retiro «La fábula de Daphne». Este día murió el marqués de Javalquinto, dijeron que por beber agua muy fría, y se le dio a Velázquez la Ayuda de Guardarropas de Su Majestad.

Llegó al día siguiente el marqués Virgilio Malvez, boloñés y se estrenó «El laurel de Apolo» de Calderón de la Barca, obra de la que sólo nos queda una refundición posterior a sus días.

El día 7 de agosto Su Majestad Felipe IV dio pragmática sobre tratamientos y cortesías, castigando la contravención, por primera vez, con 200 ducados con 400 ducados.

dos la segunda y la tercera con destierro a cinco leguas de la Corte. Se imponían penas no sólo al que daba sino también al que recibía cortesía indebida, y a igual pena al que oyéndolo no lo denunciara. Se ampliaba la «señoría» a generales, vizcondes, caballeros del Toison y Damas y Dueñas de Honor de la Reina.

El Conde-Duque de Olivares ofreció al día siguiente una merienda a los Reyes en el Retiro y después un señor, caballero de Santiago, dio en la calle Mayor una bofetada a otro que le contestó con un pistoletazo que le dejó muerto.

Se pregonó el día 11 de agosto bando de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte en que se penaba con pena de la vida al que desenvainase en la Corte o en su Tierra y al día siguiente jugando a las cartas un Cabo y un Alférez, pareció al Cabo que le hacían trampas y dio una bofetada a su compañero de juego. Pusieron mano a las espadas pero les separaron y no llegó a ocurrir entonces nada, hasta que dos días después se encontraron en la calle junto al Buen Suceso y el Alférez dio un tiro al Cabo, que quedó en muy mal estado, y escapó.

Los días de la Reina de Hungría se celebraron en Palacio por los Reyes el 18 de agosto que, con la Corte, fueron a las Descalzas y asistieron dos días después a la Capilla celebrada en el convento de San Bernardo, con motivo de ser su patrón el santo del día.

Hubo el 28 por la mañana Capilla Real en San Felipe, con asistencia de sus Majestades, que también fueron por la tarde a Recoletos, en cuya Iglesia se ganaba el jubileo.

El precio del pan, artículo, no de primera necesidad, sino básico en la alimentación de la época, se bajó en dos maravedíes por panecillo el día 1 de septiembre y el día 4 prendieron a un sacerdote por monedero falso. Asistieron los Reyes el día 11 a Atocha donde se cantó Te Deum y murió al día siguiente el poeta Andrés de Rojas Calderón, escribano de cámara y del crimen de Corte que vivía en la calle Segovia, junto al pilar de los Caños Viejos; fue el mismo día en el que el maestro Francisco de Mena dio por acabada la obra nueva que se había hecho de la construcción de la Torre de la Parada, en el monte de El Pardo.

Salió desterrado el día 14 un Alcalde de Casa y Corte por no haber guardado bien a un preso, que como vemos las autoridades de entonces no andaban lejos de caer en prisión en cualquier resbalón, aun cuando con la misma facilidad recuperaran sus situaciones después.

Salió la procesión del Jubileo el 20 de septiembre desde la Iglesia de Santa María la Mayor, a terminar en la Iglesia de San Sebastián y el día siguiente se quitó el oficio de la furriera al alarife Gómez de Mora, por haber faltado un cuadro de pintura en una dependencia de Palacio. Esta caída en desgracia le acompañaría ya hasta el fin de sus días. Ese mismo día se pusieron luminarias por todas las calles, especialmente las principales, para celebrar las victorias españolas obtenidas en las lejanas contiendas y los Reyes acudieron a Atocha a dar gracias por las victorias de Flandes. El camino que recorrieron estaba cubierto de colgaduras y se hicieron fuegos artificiales. El Rey asis-

tió a caballo al estribo del coche en que iban la Reina y el Príncipe de Asturias. Era el primer día de la Feria. Hay alusiones a todo esto en «La desdicha de la voz» de Calderón de la Barca.

El día 22 los Reyes asistieron a la Iglesia de las Descalzas Reales para pedir ayuda para la Princesa de Modena, en una función que allí se celebró y el 25 se hizo la fiesta del Consejo Real en Atocha, con procesión por el claustro, en la que se sacó la imagen de la Virgen.

Fue el 27 cuando el Consejo de Aragón asistió a Vísperas en la Iglesia de la Merced y al día siguiente sacó en procesión a la Virgen de los Remedios, que se veneraba en esa misma Iglesia, hoy plaza de Tirso de Molina, mientras el Consejo de la Inquisición hacia Vísperas en la Iglesia de San Francisco, que no todavía no era el Grande, construido en el siglo siguiente.

La bendición de la nueva iglesia del convento de Santo Domingo el Real se realizó el día 28 de septiembre del este año de 1636. Este templo fue el demolido en el siglo xix. Las fiestas de este convento continuaron al siguiente día y el 30 los Reyes acudieron a los Jerónimos donde hubo Capilla y reunión, el mismo día en que se creaba una nueva Sisa, la del «Vino de Plaza» que aunque destinada para la leva de soldados para el ejército de Milán, se aplicó a las reparaciones de los daños sufridos por la Plaza Mayor en el último incendio.

El día 3 de octubre quemaron a un catalán monedero falso, que hacía reales de a cuatro dobles. Dos de sus cómplices lograron huir. Castro y Castilla asistiría el 5 a los Jerónimos donde se hizo fiesta religiosa, por gracia de las Victorias alcanzadas, promovida por la Villa, el mismo día en que, en el Colegio dominico de Santo Tomás, se ofrecía una fiesta naval a don Juan de Austria.

Solicitó un italiano a un estudiante del Colegio Imperial, rehusó éste y al fin fue a su casa, pero sacó una daga y le dio de puñaladas. Le prendieron y le soltaron a los dos días. Han cogido a otros tres por el pecado nefando. Fue el día 6.

El 8 se pusieron luminarias por las victorias contra los franceses y el 11 se ordena que los Arzobispos y Obispos reúnan a su costa 500 hombres para guerra, cada uno de ellos, y el Rey asistió a Capilla Real celebrada en la Iglesia de San Francisco.

El 12 una nueva pragmática prohibía que se entrara en Palacio llevando guedejas y también que el que las usara pudiera ser oído en Tribunales, bajo pena de infamia. Igualmente se prohíbe el uso de los guardainfantes a las mujeres. Tanto conseguir una como otra cosa habría de costar mucho esfuerzo.

Un francés, al que al prenderle le encontraron un manifiesto del cardenal Richelieu, fue condenado el 13 a 200 azotes y 10 años de galeras y dos días después ofreció el marqués de Vivero gran fiesta por celebrar su nuevo título.

El 17 fue cumpleaños del Príncipe Baltasar Carlos, y se celebró en Palacio con varias fiestas y representación de comedia y el 22 hicieron los portugueses fiesta para celebrar la constitución de la Congregación de San Antonio. Fue en el Retiro y sonada, invitando a los reyes, con luminarias, baile, merienda y comedia.

El Rey y Olivares salieron el día 23 para La Granja, El Escorial y Valsaín y el día siguiente la Mayordomía le pagó a Velázquez 15.803 reales que de atrasos se le debían, con lo que tal día hubo de haber gran alegría y fiesta en el domicilio del príncipe de los pintores. Fue el mismo día en el que el Rey envió a la Reina un venado cazado por su mano que la Reina remitió a los Jerónimos. No tenemos noticia del destino que éstos le darían, pero si sabemos de la, al parecer, bien ganada fama de la cocina jerónima de la que popularmente se decía que de cada cordero hacían tres albondiguillas y daban dos a cada fraile.

El día último de octubre llegó a Madrid noticia que trastornó a las gentes: que en Valladolid la Inquisición había prendido a la Madre Luisa de Carrión que además se encontraba enferma. Resulto cierto y más tarde se daría orden de que fueran recogidos cuantos objetos de su propiedad corrían entre las gentes como reliquias. Se la encausó por desviaciones de doctrinales y teológicas, quizá excesivamente complicadas para el entendimiento de la pobre vieja monja que era. El resultado fue que murió durante la causa.

Los primeros días de noviembre fueron grandes lluvias copiosas y continuas, que no es muy nuevo esto de que por estas latitudes madrileñas diluvie o escampe, pasando con facilidad de la sequedad del desierto a la humedad del diluvio.

La grandeza de Felipe IV se abatía en ocasiones a la altura de cualquier mortal. Por estos días sufrió de un mal que todos conocemos; dolor de muelas, y hubo que sacarle una. Eso sí, sin la anestesia que ahora tenemos por uso habitual.

Entró el día 16 en Madrid la Princesa de Cariñan. Olivares salió a recibirla al arroyo Abroñigal. El Rey la esperó en el Retiro en la Ermita de la Magdalena, que como todas las del Retiro tenía un pequeño palacete unido así como jardín cercado. Comidas y banquetes. Fiestas numerosas. Con anterioridad a su llegada se habían hecho varios ensayos de protocolo. Fue a hospedarse a la Casa del Tesoro y acudieron numerosas cuadrillas al recibimiento. La Reina le regaló ropa, bordados, ámbar y muchas joyas de oro.

Una de esas meriendas la dio la Reina a la francesa el día 21, en los salones de la Ermita de San Juan del Retiro, mientras que al día siguiente se celebraban las fiestas del cumpleaños de la soberana. Unos días después los reyes y la de Cariñan merendaron en el convento de Santo Domingo y el 27 se le ofreció una corrida de toros a la de Cariñan cuyo nombre preferimos escribir como lo hacían los madrileños que la conocieron, entre los que figuraban precisamente nombres que tienen papel principal en las letras españolas.

Se publicó el 30 la Bula de la Santa Cruzada dando el Inquisidor General una comida al Consejo de la Cruzada en el convento y colegio de Santo Tomás, calle de Atocha, en solar hoy ocupado por la Iglesia Parroquial de Santa Cruz.

El 2 de diciembre la Inquisición prendió a Manuel Fernández Pinto, portugués, judío y acusado de judaizante, que sostenía en Madrid negocios de asentista. Es sabido que fueron varios los judíos portugueses residentes en Madrid acusados por la In-

quisición. Ya ellos habían huido de la portuguesa refugiándose en España.

Siete días después quemaron a dos por el pecado nefando. Uno era un muchacho de 16 años y el otro un milanés de 40. Contra lo que en ocasiones se ha escrito, estos castigos no correspondían a la Inquisición sino a la Justicia ordinaria, ante quien se seguían las causas. Otros dos acusados de igual manera fueron apresados el día 10 en la Cárcel de la Corte, acompañados de otro acusado de alcahuetería entre invertidos.

El papel sellado, que prolongado por las pólizas —cuyo origen no era otro que «sellar» el papel al que se adherían— ha llegado a nuestros días, se instauró el 15 de diciembre de 1636, quedando obligatorio para todos los documentos relacionados con la Administración o con la Justicia.

El 16 el Consejo ordenó que la Villa reconociera todas las casas a las que las lluvias frecuentes habían puesto en peligro, para evitar posibles derrumbamientos. Una necesidad municipal que ha llegado a nosotros.

Dos días después rogativas a la Virgen de la Almudena, pidiendo alivio para las lluvias que se padecían. Para ello se traslada la imagen durante once días a la Iglesia de las Descalzas Reales. Cuando la Virgen regresó a su Iglesia, afirman los contemporáneos que cesaron los temporales.

Murió el 20 de diciembre el Venerable Gracián de la Madre de Dios, hermano «obregon», esto es, de los hospitalarios que creara este Santo. Fue enterrado bajo la sacristía de la Iglesia del Hospital General.

El día antes de Nochebuena hubo un desafío entre don Velasco Ayala y don Rafael Barrera por un incidente que entre ellos hubo por la noche, durante la comedia representada en Palacio. Don Rafael quedó muerto y el otro malherido.

Hubo durante todo el año 1637 y aún durante el siguiente, fuerte epidemia de fiebres que comenzaron llamando «sincopales» y más tarde nombraron «malignas», precedidas en muchos casos de sarampión y de viruelas, que atacaban a chicos y grandes. Probablemente se trataba de fiebres tifoideas.

Creemos interesante recoger los precios de los principales artículos de primera necesidad que establezcan la necesaria relación precisa para determinar el valor del dinero. Así, un plan valía 34 maravedíes; la azumbre de vino, 30 maravedíes; la libra de carnero, 40 maravedíes; la fabega de cebada, entre 16 y 26 maravedíes.

Al pasar el Hospital General de mujeres, de la Plaza de la Cebada a la calle de Atocha, quedó libre la casa y los dominicos la pidieron para poner en ella una hospedería de la Orden, que hasta entonces venían teniendo en Santo Tomás perturbando la vida del Colegio. Así nació el convento de la Sagrada Pasión, de Dominicos, que usaron como Iglesia la que ya tenía el Hospital anterior. Esto ocurrió en 1637.

En los primeros días del año últimamente citado el duque del Infantado liberó por la fuerza a un criado suyo que estaba preso, el Rey mandó apresar al duque y embargar sus fincas y bienes y le pusieron preso en Burgos, de donde a los pocos días lo llevaron al castillo de Buenhache.

El 19 de enero llegó a Madrid don Felipe de Guevara, hijo del conde de Oñate.

Pasó al Pardo donde estaba el Rey avisando para que acudiera al Embajador del Sacro Imperio Germano. Al ser recibido pidió albricias a Su Majestad y le entregó las cartas donde se comunicaba que había sido elegido Rey de Romanos el Rey de Hungría. El Rey fue a los Capuchinos de El Pardo, donde se hizo Te Deum y a la noche salieron cuarenta señores con el Rey el Conde-duque de máscara. Después salió otra máscara organizada por los mozos de cocina que salieron en burros. El Embajador del Imperio des pues de felicitar a los Reyes regresó a la Villa donde hubo luminarias y en el Prado sarao y comedia y puso una fuente de vino ante su casa que estuvo manando veinticuatro horas y arrojó por los balcones más de 6.000 ducados en reales de a ocho y de a cuatro, con los que aparecieron numerosos descalabrados en la rebatiña de la recogida.

Quemaron el 21 a otros dos sodomitas conocidos y principales, fueron Sebastián de Miranda, que confesó ser sodonita y que tenía casa de ellos y don Pedro Mendieta, con quien había estado un Mendizábal amancebado muchos años. Se castigó también al sobrino de la marquesa de Aguilar con destierro de España y cuatro años de servicio en las galeras como gentilhomme.

Como ladrones fueron ahorcados cuatro el día 26 por tales y por asesinos. El capitán de la cuadrilla estaba escondido en la casa del Embajador de Inglaterra, que no lo quería entregar pero de donde lo sacó el Alcalde Quiñones.

Tres carteles aparecieron colados en distintos puntos de Madrid en la amanecida del día 28 en los que se desafiaba al marqués de Aguilar que había dado un bofetón en Palacio durante la comedia a don Juan de Herrera. El encuentro se emplazaba para los cantones esquizaros suizos, a fin de que la Justicia no pudiera evitarle, pero como la falta había sido cometida en el Palacio se temió que el Rey castigase duramente al marqués si es que era encontrado.

El día 28 entró de rebozo en Madrid el cardenal Borja y se alojó en el convento de Santa Bárbara, dejando para el día 2 de febrero su entrada oficial en la Villa, que fue muy solemne aunque deslucida por la lluvia.

Se acabó la plaza que se ha hecho en el Retiro ante el Palacio, quitando un monte que allí había, obra en que se ocasionaron víctimas. La mascarada de celebración se hizo de noche a la luz de 7.000 hachas. El Rey se quedó en el Retiro donde a partir del día 15 se celebraron las fiestas por elección del Rey de Romanos, haciéndolas en la nueva plaza, rodeadas de pabellones que tienen dos pisos cada uno.

El 7 de febrero cambió una vez más de propiedad la secular Casa de las Siete Chimeneas que esta vez, de doña Margarita de Espinosa, viuda de Juan de Santoyo, que era su propietaria, pasa por manda testamentaria al convento de Nuestra Señora del Rosario.

Los Carnavales corrieron máscara en la Plaza Nueva del Retiro, formada por carros y 16 cuadrillas de a doce caballeros cada una. Sobre la plaza se abrían 490 ventanas y estaba alumbrada por 1.500 faroles, con un total de 7.000 luces. Los carros triunfales fueron tirados por 48 bueyes cada uno y sobre ellos se hizo comedia. Tam-

bién se corrieron estafermos. Las fiestas duraron hasta el día 24, comenzando el 15. Se dedicaban a los triunfos de las armas españolas avanzando hacia París y la victoria del Marqués de Leganés en Italia y por la estancia de la Princesa de Cariñan y la elección del Rey de Hungría como Rey de Romanos. En ellas corrieron cuadrillas en el Prado, desfilaron los reyes, del Retiro a Palacio, en dos grandes carrozas hechas por Cosme Lotti cada una con 100 antorchas y arrastrada por 24 bueyes. Al público asistente también se le dieron antorchas. De todo aquello se dijo:

Buenos estas los faroles
la plazuela y plateado
medio millón se ha gastado
solamente en caracoles

En la fiesta ofrecida a los reyes el 16 de febrero por Manuel Cortizos como por el tiempo la naturaleza no podía ofrecer flores ni frutos los árboles y plantas del jardín de la Ermita de San Bruno del Retiro, donde se celebró tenían flores y frutas atados como si fueran naturales y con menor propiedad también ofrecían las ramas dulces colgados en ellas. Teatro, baile y merienda. Apoteosis del comerciante judío-portugués, cuyo Viernes de Pasión no estaba lejos de este Domingo de Ramos.

Navegando fueron las damas de Corte desde el Palacio del Retiro a la Ermita de San Isidro, en cuyas salas y jardín les ofreció una fiesta la duquesa de Olivares el 18 de febrero y el día siguiente hubo academia literaria en el Retiro, con presencia del Rey, el tribunal estuvo presidido por Vélez de Guevara que era ujier de cámara de S.M. y fueron jueces don Luis de Haro, don Jerónimo de Villanueva, el Príncipe de Esquilache y el conde la Moncloa. Ofició de fiscal el dramaturgo Rojas Zorrilla y fue secretario Antonio de Batres. Presentaron composiciones Solís, Cáncer, Quiñones de Benavente y el propio Rojas entre otros.

Y fue el Corregidor conde de Montalvo el que en nombre de la Villa ofreció al Rey la fiesta de toros celebrada en la Plaza Nueva del Retiro al día siguiente, en que días después se celebrarían con bromas los carnavales y harían máscara al Rey los Secretarios y sus oficiales, que fueron más de doscientos, a la que no se podía asistir si no era con máscara y sin armas. Mojiganga del protonotario de Aragón, don Jerónimo de Villanueva y también otra de la Villa, acompañada de comedia y fuegos artificiales y representándose «Don Quijote de la Mancha» de Calderón de la Barca, obra que no ha llegado a nuestro tiempo.

Marzo comenzó con juegos de cañas y comedia a la noche, sobre los jardines del nuevo Retiro real, servida por la complicada escenografía de Cosme Lotti.

Todo esto ocasionó un encuentro entre el marqués de Cuéllar y el de Autona, trabado sobre quien habría de correr toros primero en la pasada fiesta real. Lo realizaron detrás del convento de la Encarnación y Autona acudió con espada corta y sin guarnición por lo que fue fácilmente herido en la mano por su contrincante. Parece que pron-

to se amicarón.

El día 18 llegaron los Reyes en barcas a la Ermita de San Bruno, a la fiesta que ofrecían a la duquesa de Olivares, entonces en el mejor momento de la privanza de su marido, que todos sabemos que había de acabar de menos alegre manera.

Debajo de toda esta alegría oficial algo apunta la pragmática de 20 de marzo, concediendo el premio del 28% a la plata en su cambio por moneda de cobre. Semejante premio o ventaja supone el reconocimiento del valor de la plata muy superior ya a su valor facial. El desajuste grave de una economía.

Una mojigama presentada por don Jerónimo de Villanueva el día 22 llamó la atención de las gentes y de la Corte pues la organizó al uso de su tierra aragonesa, distinto en trajes músicas y formas a la castellana, lo que ocasionó sorpresa que se repitió unos días más tarde valorando su éxito.

Época de protocolo y de preeminencias. Por el asiento en el sillón de la misa en la iglesia de los Jerónimos riñeron don Pompeyo Tasis y don Pedro Porras. El primero resultó herido en la cara y boca, cuando cruzaron las espadas en los jardines del Retiro.

Recibió Calderón de la Barca el título de Caballero de Santiago mientras en los primeros días de mayo se pusieron guardas en las puertas de Villa en la imposible misión de evitar el contagio del mal arraigado en tierras de Málaga. Hacia mitad de mes se requisaron los caballos para la guerra pagándolos bien baratos, pero con obligación de presentarlos, como habían de presentarse también para enrolarlos, los esportilleros, destinados a la guerra de Navarra.

En la procesión del Corpus un aldeano logró acercarse al Rey y le dijo que desde Wamba no había habido peor gobierno en Castilla. El rey le escuchó y permitió después que se fuera libre.

Y ya que a procesiones nos referimos recordemos el incidente ocurrido en la procesión de la Encarnación (17 de junio de 1637) en la que iba el Rey llevando su cirio. De pronto se levantó un tumulto que ocasionó que la guardia real acudiera a rodear al monarca y defenderle con sus propios cuerpos. También el duque de Híjar acudió presuroso para ponerse ante la Real Persona. El rey mismo, recomendando a todos sosiego, cambió sin embargo el cirio a la mano izquierda y desenvainó la espada. Todo había ocurrido porque, no en la procesión, sino al otro lado de los palenques, entre el público asistente, el capitán conocido como «mano-de-hierro» fue molestado por los caballos de un coche y tuvo palabras con el cochero, poniendo mano a la espada y dándole un tajo en el brazo y una estocada y se escabuyó después. Se dio orden de aprehenderlo y hasta 200 ducados al que diera alguna noticia de su paradero y pena de traición al que le ocultara, pero no dio resultado la pesquisa.

Desde Flandes llegaron el 22 de junio siete grandes figuras de bronce enviadas por el cardenal-infante don Fernando, representando los Siete Planetas, que se colocaron en el Palacio del Retiro.

Una fuerte tempestad de aire azotó Madrid el día 28 a las siete de la tarde. Vola-

ron los coches y chocaron en el aire entre sí. El río se llevó los vestidos de los que se bañaban arrastrados por el aire. Duró tres cuartos de hora.

Tres meses después otra tempestad, esta vez de agua, azotó la Villa que sufrió fuerte lluvia durante varias horas. El Rey, en medio de la tormenta, encontró el Santísimo y le acompañó a pie por la calle Mayor a casa de un tendero enfermo e hizo su genuflexión sobre el lodo callejero. Después se fue a la Iglesia de Santiago.

Llegaron a finales de noviembre los embajadores del Tratado de Paz, donde la Valtelina y tres de los grises a los que se hizo fiesta en el Retiro. Casi de inmediato se pregonó orden a los caballeros de hábito para salir adonde el Rey dijera, sin excusa alguna ni aún para los criados del Rey. Era para marchar a la guerra.

Llegó el 6 de diciembre la duquesa de Chevreuses, doña María Rohan que se alojó en la plaza de Santo Domingo, cerca del Noviciado. Venía escapada de Francia y la diplomacia española trató de utilizarla. Siguió hacia Inglaterra, pero durante su estancia de unos meses «se dijeron muchas picardías del rey». Picardías que no son difíciles de adivinar dada la fama de la interesada.

En los finales del año 1637 se acabó la construcción de unas habitaciones en torno a la Torre de la Parada, según trazas de Juan de Mora, realizadas por el constructor Francisco de Mena y financiadas por don Jerónimo de Villanueva. La dirección arquitectónica fue de Alonso Carbonell. Rubens hizo más de cien cuadros para la decoración de la Torre que llegaron en mayo de 1638 y otros también realizaron pintores madrileños, como Velázquez que hizo unos retratos del Rey, el Príncipe y el Cardenal-Infante, vestidos de cazadores. También estaban destinados a este lugar el «Esopo», «Menipo» y «Marte».

A fines del año un censo municipal da como resultado la existencia en Madrid de poco menos de novecientos coches. Lo que es fuerte densidad teniendo en cuenta la superficie de entonces de la Villa.